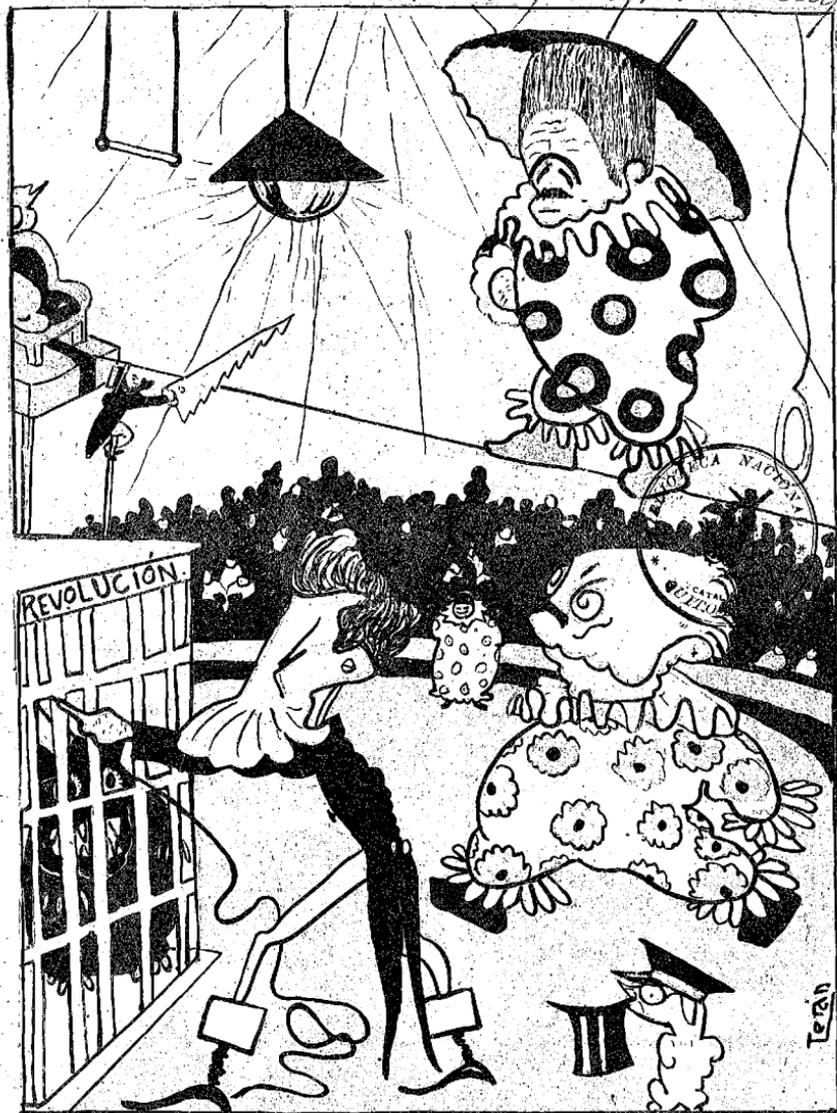


CARICATURA

Hugo Pizarro



- Debut del CIRCO -

..!! No necesitamos verlo, nuestra política es el CIRCO más perfecto!!.....

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Vinos españoles legítimos

Y LICORES EXTRANJEROS

*Precios fijos.—Carrera
Guayaquil, Núm. 33*

F. E. Cabeza.



Icy-Hot

Las botellas al
vacío de la mejor
calidad.

Conservan el
contenido.
Hirviendo, 24
horas.

Helado, 3 días.

Botellas de me-
dio litro y un litro, de
boca angosta y ancha, de
varios modelos, desde 4 sucos.
El mejor surtido, se encuentra
siempre donde



Rafael Puente & Cía.

César L. Ribadeneira

REALIZA:

Artículos eléctricos, jugue-
tes gran surtido, atrapa mos-
cas, medias de seda para se-
ñora, calcetines, etc.

Plaza de la Independencia.
Bajo del Palacio
de Gobierno, N° 8.

J
A
B
O
N
G
I
T
A
N
A



SEMANARIO HUMORISTICO DE LA VIDA NACIONAL

REDACCION Y ADMINISTRACION CALLE GARCIA MORENO

APARTADO DE CORREOS LETRA Z

NUEVA SERIE

Quito, Noviembre 16 de 1919

NÚMERO 42

El gran circo nacional.

Grandes representaciones todos los días. Solemnes farasas. Pantomimas electorales. Trabajos de zapa. Juntas misteriosas. Idolillos ridículos de barro. Engaño permanente. Política funambulosa. Periodismo destemplado. Lucha agria y sin cuartel. Saltos mortales de conciencias y convicciones. Mezquinos intereses creados. Políticos clown y partidos titiriteros. Miscría por todas partes.

He aquí un cartelón para las diarias representaciones de la gran

vida política de la Nación. Es el gran circo en el que danzamos por grado o por fuerza todos los felices pobladores de esta tierra de promisión ¡Gran circo! Como se llaman pomposamente los más desdichados funámbulos, bien sean solamente cuatro pelagatos.

Pero nuestro circo nacional no es siquiera un buen circo, un *gran* circo. Modestias aparte, declaremos que, aunque alborotamos muchísimo, somos muy pocos, *pero* también muy malos.

Historia de un Hombre Vulgar

(CUENTO QUE BIEN PUDIERA SER VERDAD)

Como de costumbre, en ese día martes del mes de mayo, Salvador González, encontraba en su oficina ante el enorme libro de oficios encomendado a su cuidado, y que él llenaba con su caligrafía apretada digna de la paciencia de un fraile del Renacimiento. Pero en ese día lleno de sol, sonriente como las pasenas y que acusaba ya la prematura llegada del verano, Salvador González se sentía pesado para el trabajo y perezoso como pocas veces lo había sido en su corta vida de empleado modelo y de abnegado cumplidor de sus deberes.—Decididamente—se dijo para sí—hoy no escribiré una letra, y hundió la cabeza entre las manos adoptando una actitud cavilosa y grave.

La noche anterior habíase acostado bastante tarde por la asistencia a un matrimonio seguido de baile y de jarana, pero lo que él tenía no era sueño precisamente, (había compensado las horas de vigilia durmiendo hasta avanzadas horas de la mañana) sino una ansia de no sabía qué cosas que no podía precisar su nebuloso cerebro. Algo nuevo había en él que otras veces jamás había sentido.

Comenzó a hacer examen de conciencia y encontró que en su vida vacía y vulgar, aunque no se atrevía a darle este calificativo, la mujer no había ocupado sino un tercer o cuarto sitio, porque desde que empezó a ser amonense con aspiraciones de ascenso, la Oficina había ocupado el lugar preferente que absorvía a todas las demás preocupaciones de su vida.

El no había amado nunca, aunque el amor en veces le inspiró cierta curiosidad malsana no exenta de cierto supersticioso temor, natural de su temperamento tímido que lo hacía estrechecerse siempre ante lo desconocido. Para él la mujer había sido hasta aquí una incógnita por descifrar a pesar de que a sus 23 primaveras había tenido ya su aventurilla clandestina con aere saboreillo de manecida.

Pero desde la noche anterior, algo desconocido, habíase despertado en él, que ignoraba y le tenía enormemente

preocupado, le había quitado toda gana de trabajar y hasta el buen apetito que él tenía, a la hora del almuerzo. Por más que se esforzaba en apartar de su memoria las imágenes de la noche anterior, éstas volvían tenazmente a ser el objeto de sus cavilaciones. Pensaba en la muchacha morena y delgaducha, de grandes ojos negros incitantes y provocativos, sombreados por enormes pestañas y coronados por sedosas y arqueadas cejas; pensaba en su cuerpo cimbrante y ágil, que le hacía adivinar voluptuosidades ignoradas y placeres jamás soñados. Y recordaba aquellos estremecimientos de la muchacha cuando la movía entre sus brazos al ritmo del vals; y, sobre todo, recordaba aquel momento decisivo en que él ¡oh milagro del amor!, a pesar de toda su timidez y toda su cobardía, no pudiendo resistirse a tanta seducción, loco, y sin ver lo que le rodeaba, la estrechó más contra su cuerpo e iba a besarla en la boca cuando ella le dijo sonriendo con una voz como un suspiro: "Gracias, señor González, muchas gracias...."

Y él no tuvo más remedio que, todo turbado y pálido, como estaba, conducirla hasta el asiento y quedarla mirando largamente en los ojos que seguían sonriendo y brillaban prometedores y mentirosos... ¡Demonio de mujer! ¡Y no poder él, Salvador González, decirle algo que habría querido decirle y que estallaba con urgencias inusitadas dentro de su corazón! ¡Y no poder estrecharla en sus brazos y conducirla a su lado, sí, a su lado, al lado de ese cuerpecillo desnudado y bajito que él tenía, pero que desde ese feliz día martes de mayo en que brillaba el sol de verano y las cosas adquirían un nuevo aspecto y una nueva forma, cuidaría como nadie, ya que algo había que comenzaba a renovar su vida empolvada con el fino polvillo del archivo, y de los oficios, y del libro y de la Oficina. Tenía ya en proyecto un gabán y un pantalón rayado. ¡Todo, todo por ella, la Oficina, los amigos, el billar de las noches, las jaranas de los sábados y aún la humilde contribución

con que ayudaba a su familia, todo lo sacrificaría por ella, estaba fatal, perdidamente enamorado . . .

—¿Cuánto tardaban en dar las cinco, hora de salir de la Oficina, para ir a ver a su novia, porque ella era ya su novia, ¡claro!, no había lugar a duda, —y volvió a obsorverse en sus pensamientos que por no sabía qué extraña asociación de ideas le llevaban a recordar los recién casados de la víspera y la apasionada luna de miel que en esos momentos gozarían.

Cuando a las cinco el Oficial Mayor pasaba revista al trabajo de los amanuenses, vió que el señor González no había hecho nada. Hizo una mueca de extrañeza y volvió a cerrar el libro, diciendo para sí: ¡Bah, sería una jaqueca, no importa!

Pero desde aquel día, martes, luminoso y soleado del mes de mayo, el trabajo del señor González disminuía notablemente y hasta la caligrafía parece que no fuera la misma de antes.

Los compañeros de oficina comenzaron a sospechar algo extraño en él y no dieron sosiego a su exaltada imaginación hasta no descubrir la causa de semejante cambio, y la descubrieron.

—Hombre, saben? . . . González enamorado, qué les parece?

—¿De veras?

Este *¡de veras!* fué una exclamación unánime, un grito general que brotó espontáneamente al saber la verdad tan sospechada y tan maliciada.

—Y quién es la víctima? —se aventuró a decir uno.

En este momento entró González, todos callaron.—Señores, buenas tardes! —Se sentó, abrió su libro y se puso a trabajar. Los demás hicieron los que trabajaban pero poco a poco fueron abandonando de uno en uno la Sala para ir a charlar al corredor, donde, en apretado corrillo comentaron animadamente el descubrimiento, salpicando la charla de bromas malintencionadas y de agudezas lastimantes para el pobre González.

Desde entonces González fué la comidilla de las conversaciones de sus compañeros. Ya daban como un hecho su matrimonio y decían primores de la muchacha. Cada día que pasaba traían una nueva historia de ella que contar, una chispeante anécdota que comentar.

—¡Pobre González, va a cargar con un hueso—decía uno.

—A los dos meses de casado estará en estado de citarle a banderillas, otro.

—A los ocho días, dirá Ud.—era la contestación, y reían a carcajadas.

Pasaron seis meses, González más enamorado y los compañeros más zumbones y más malintencionados.

Un buen día faltó a la Oficina. Todo el mundo comentó, porque él por ningún motivo faltaba a la Oficina, nunca había faltado, era la primera vez que lo hacía. Y naturalmente todos dijeron: "Se casó".

No; ese día llegó un oficio al Director de la Oficina concebido en los siguientes términos:

Señor Director de, etc, etc.
Ciudad.

Asuntos domésticos de trascendencia importante, uno de los cuales es nada menos que mi cercano cambio de estado, que creo, Señor Director, reclama mi personal atención y mi presencia y además la imposibilidad en que me hallo de emprender en todo trabajo manual por tener uno de los dedos con grave *parálisis* y que exige cuidadosa e inmediata atención de parte de los facultativos, como podrá Ud. colegir por el certificado médico que acompaño a mi solicitud.

Causales son una y otra lo suficiente justas y honorables para recabar de Su Señoría la licencia de treinta días que hoy solicito fundado en su amabilidad y sano criterio que son las dotes de más relieve en su personalidad.

Del Sr. Director de, etc, etc.

Salvador González (amanuense)

Le fué concedida la licencia pedida, naturalmente, con una sonrisa y deseándole felicidad en el nuevo estado. Los de la Oficina reían a carcajadas. Al otro día se casaba González. ¡Pobre González!

Apenas entrados en la Oficina los amanuenses se congregaron al redor de uno de ellos que contaba algo de González—¿Qué, ¿se casó ya?

Sí, anoche, y hoy ha amanecido muerto. Se ha suicidado esta mañana cortándose la carótida con una *gilette*.

JORGE A. DIEZ



De Otoño

El alma del Otoño, habló en el loco viento,
 y dijo que del sueño primaveral de rosas
 ha quedado tan solo un perfume de cvento
 y en los labios ingenios palabras milagrosas
 Que de la Primavera, no quedarán las flores.
 Y solo una silveta de obsesión, como una
 loca inquietud de Otoño, pondrá con sus dulzores
 su sombra de Imposible, en un claro de luna ...

Cuando en Otoño sopla el viento y se amortigua
 el dolor de recordar con la lágrima exigua
 la primavera ida es una evocación ...

Cuando en Otoño muere la más florida rosa,
 es la vida doliente y es un poco piadosa
 porque es dulce y sangrante como un buen corazón.

Augusto Arias R.

CRONICAS DE QUITO

LA FUNCION ELECTORAL

Y, he aquí, que la época de elecciones ha llegado. En esta semana ha habido de concejeros, en diciembre serán las de Representantes y en enero la de Presidente.

Antiguamente, parece que la función electoral revestía un carácter pomposo y trascendental, comparable tan sólo con las ceremonias de la liturgia romana. Dicen que todos los que a las urnas se acercaban a depositar su voto, lo hacían gravemente, francido el entreciejo y con paso pausado como el que en nuestros días está de moda para acompañar al cementerio a los amigos que se mueren. Dicen también, que había quijotes con humos de luchadores, que amenazaban magullar a pulos a los sufragistas de continente grave y mirada de convencidos que no pensaban como ellos. Muchas veces se armaban broncas formidables que dejaban algún cráneo perdido en el arroyo para solaz y entretenimiento del estudiante de medicina que tenía la suerte de encontrarlo. Eran los buenos tiempos. Entonces la lucha electoral tenía la importancia de un catáclismo irremediable. En aquellos días se jimoteaba a coro en todas las casas a la misma hora. Y se encendía una buena provisión de velas a los santos protectores de la corte celestial, cuando el señor de la casa pedía su levita y su chistera para ir a cumplir con sus deberes de ciudadano patriota y honrado.

Hoy los tiempos han cambiado, y también las elecciones. Estas ya no tienen ninguna importancia, apenas si sabemos que están verificándose, porque los diarios tienen que llenar con algo sus columnas. Las elecciones pasan en silencio, sin que suceda nada que valga la pena de anotarse. Ni siquiera sabemos quienes son los que sufragán, porque yo puedo asegurar que el señor que en este momento pasa por la calle, no es un votante, que mis amigos no han votado, que yo no he votado, y que seguramente

mi factor tampoco lo ha hecho. Entonces ¿quiénes son los electores?—No sé. El problema no ha dejado de preocuparme, y por ver si descubro algo he querido acercarme personalmente a las urnas parroquiales. Después de prolijos estudios he llegado a las siguientes conclusiones:

En el Senador hay una sola clase de votantes y estos lo son por nacimiento; es decir que los votantes son natos, y mal puede uno acercarse a expresar su voluntad en una papeleta, no sabría hacerlo, no podría hacerlo, no está en condiciones de hacerlo, si no ha nacido con esta facultad, que no constituye precisamente una desgracia como cuando hablamos de un criminal nato, de un degenerado nato o de un poeta nato.

Los electores poseen generalmente una cara incolora e insípida que les permite parecerse mucho unos a otros. Esto explica el por qué sufrimos una ilusión óptica los días de elecciones al pasar por los sitios en que están las urnas en diferentes horas del día.

Y nos sorprende ver siempre a los mismos, ocho o diez individuos ejerciendo sus derechos, y al final de la tarde cuatrocientos o quinientos votos en una parroquia cualquiera. Fenómeno magnífico que llega hasta la penumbra del milagro, pero lógicamente explicable. Se trata simplemente de una ilusión: esos ocho o diez votantes que vimos la tercera, cuarta, quinta vez que pasamos por el mismo sitio no son los que estuvieron la primera ni la segunda, aún cuando no existe entre ellos ninguna diferencia. No hay que olvidar que son votantes natos y se parecen entre ellos como un adobe se parece a otro adobe. En el fondo y en la forma. Lo que matemáticamente podemos concretar en la siguiente fórmula:

$$Yx = (x+x+x+x+x+x)$$

Que es lo que queríamos demostrar.

RAMIRO DE SYLVA

DEL CONCURSO

—0—

Agradecemos a "La Tribuna" por la entusiasta aprobación que ha dado a nuestro concurso, publicado en el número anterior de este semanario. Confiamos como el colega, en que esa idea,—admirable iniciativa de un poeta ilustre—tendrá la mejor acogida entre todos nuestros intelectuales.

J León de Borneil, en un magnífico artículo publicado en el mismo número, aplaude también, defiende y amplía nuestra idea; con una admirable justedad de opiniones, coincidiendo absolutamente en nuestras ideas y propósito.

"No es el concurso, dice, sino la ofrenda cariñosa de los que, posteriores al poeta, saben cuanto vale su labor,—pequeñita como una piedra preciosa—del que, en estrofas aladas y plenas de una subjetividad honda y aristocrática, supo plasmar toda aquella infinita melancolía de las almas atormentadas y superiores.

No se trata, en manera alguna, de completar el soneto a Cecilia Chaminate, ya que ello sería imposible, pues nadie sino el propio autor podrá sentir en su plenitud la idea tomada. Simplemente es un homenaje al poeta muerto, y como tal lo hemos considerado".

Así lo habíamos manifestado nosotros. En el número penúltimo de "Caricatura", decíamos: "Un concurso entre nuestros poetas para la composición del segundo terceto, buscando en el sentir de cada uno, la idea que redondea, o que debe dar digno fin a esa filigrana".

El soneto, trunco como existe, y como tantas obras de arte inconcluidas, tendrá siempre el misterio y el escondido enigma que el poeta se llevó consigo.

* * *

Respecto a la insinuación que nos hace, relativa al plazo concedido y que le parece que viene estrecho hasta el 30 de este mes, manifestamos que antes de fijarlo, pedimos los suficientes datos en la oficina de correos, y nos pareció, que, dado el poco tiempo que requiere este trabajo, se podían recibir

hasta esa fecha las comunicaciones que nos fueran enviadas de todas las provincias.

Sin embargo, y de acuerdo con el Jurado, ampliaremos un poco el plazo concedido, si resulta manifiesto que hay que esperar unos días más los correos de ciertas provincias distantes, como del Azuay o de Loja, por ejemplo, que no hayan llegado a la fecha que se ha designado.

Notas

—0—

Señores suscritores de Quito:

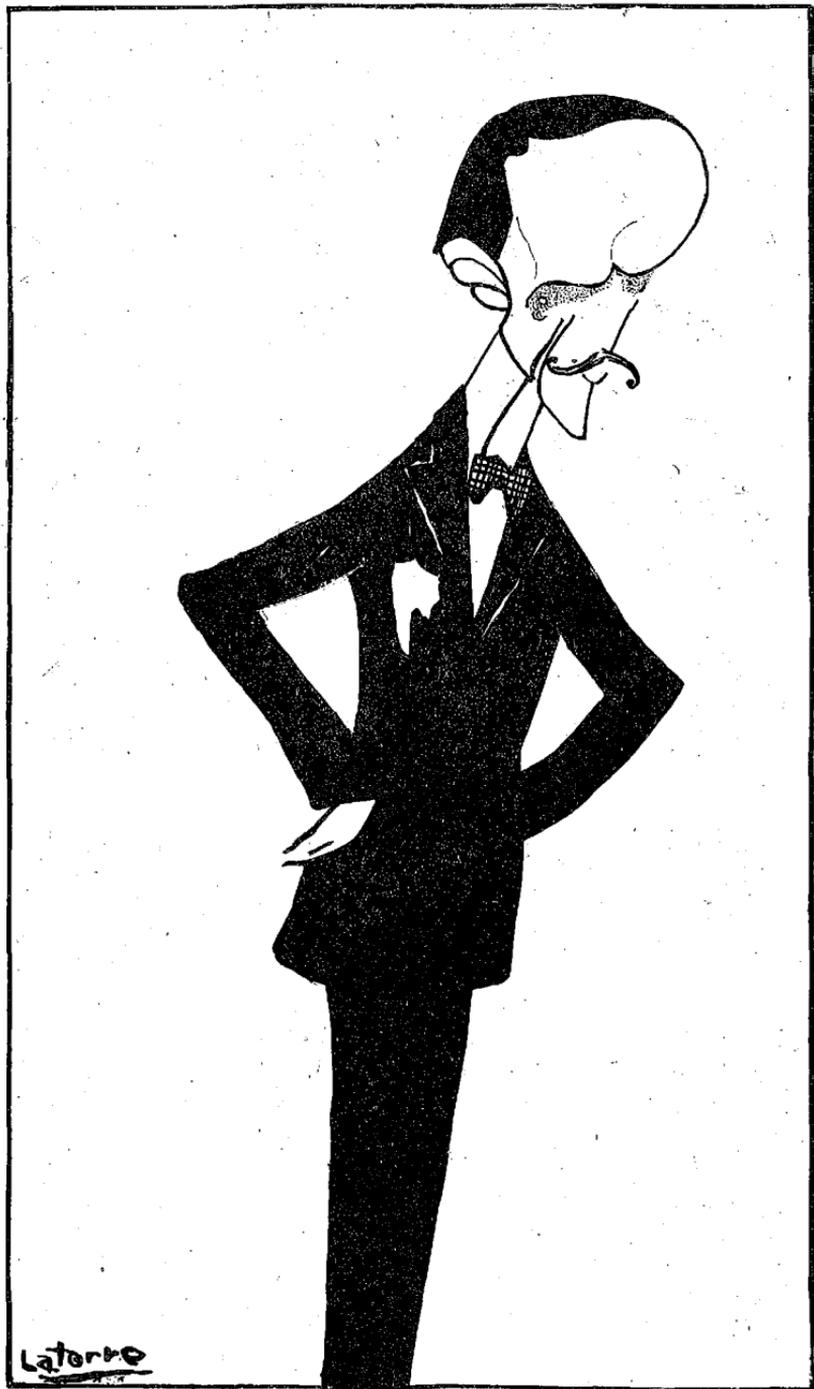
Tenemos el honor de llevar a conocimiento de ustedes (como dicen en los Ministerios) que, con el presente número 42, se cumple una serie de cinco, ya entregados, y que es urgente, es de imperiosa necesidad que paguen ustedes el valor de esta suscripción vencida que corresponde a los números 38—39—40—41 y 42.

Ahora bien, como hay suscritores muy cumplidos, hay también una escandalosa cantidad de suscritores que no pagan el valor de los números entregados, y que son (esos suscritores) un verdadero desastre para la Administración.

Por lo cual, desde el próximo número, las suscripciones se cobrarán por adelantado; y con la presente misiva, todos nuestros queridos suscritores, recibirán dos billetes, café el uno, azul el otro; uno por la serie ya entregada, otro para los que quieran suscribirse a la serie nueva—43—44—45—46 y 47, números que se les seguirá entregando en el respectivo domicilio y con toda puntualidad.

Para los numerosos aficionados anunciamos que en el próximo número se publicará el ludísimo fox—trot que bailaban los hermanos Soler, y que se llama: "Give me a kiss and I'll tell you".

• De inventa Ateas.



Un ciudadano MALO

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

PICKLES

El Dr. Cesáreo Carrera, el hombre más alborotado, que tiene la República, el hombre cuyo solo nombre suena como una interjección, se halla ahora haciendo de las suyas en Guayaquil. Primero fué el estruendoso recibimiento, lleno de episodios tan patéticos como el cubrirlo con el tricolor nacional, como a hijo predilecto de la Patria. Por supuesto que ese mismo instante y cuando el Dr. Carrera, obrio de júbilo, cerraba los ojos en un transporte de gloria... un caco le sustrafía bonitamente la cartera con ochocientos sures. Así lo contaron los periódicos

Algo carillo para una entrada triunfal, mas, ¿qué le importa al Dr. Carrera ese disparate? Eso y mucho más diera él por la inmortalidad, la popularidad y.... la presidencia

Recuerdo aquello porque si bien le desvalijaban al intrépido senador, en cambio, en ese mismo día acariciaron sus castas y no pequeñas orejas, los primeros gritos de "Viva el futuro Presidente de la República", y este dulce ensueño, (ser Presidente de este pedacito de gelatina) lo viene acariciando el Dr. Carrera hace ya algunos años. Por lo que, al oír esos gritos que como suave música le sonaban y como delicada brisa le refrescaban la cabeza, el Dr. Carrera cerraba también los ojos y se desmayaba de felicidad.

* * *
¡Futuro . . . Presidente . . . de la . . . República! Y es lo grave que tal como van las cosas, de tremolina en tremolina, no es difícil que *le toque* al Dr. Carrera serlo; pues aquí ya es sabido q' esas designaciones se hacen desde arriba, con la debida anticipación, diciéndole a cualquier infeliz: "Ahora *le toca a tí*". "Después *le tocará a ése*". "Luego haremos que *le toque* al . . . General . . . es decir a cualquier General".

* * *
Claro que lo mismo pasa en todo orden de elecciones, pero va establicándose la desdichadísima costumbre de saberse de antemano a quienes les va a *tocar* . . . las rentas del Municipio, los emolumentos de las Cámaras, o las innumerables gangas de la Presidencia. Y así la cosa no tiene gracia, ni atractivo, ni interés, ni nada. Ya no despierta curiosidad siquiera.

* * *
Pero me estaba olvidando del Dr. Cesáreo. (Este nombre, debidamente pronunciado, suena como si se cayera una puerta.) Pues *mi* Dr. Cesáreo, (lo declaro ahora y siempre) si llega a la Presidencia, ha de ser un tirano, ha de ser el más inaguantable de los tiranos. Hago esta confesión, con tiempo, para tranquilidad de mi conciencia y en previsión de lo que pueda acontecer. Un tirano . . . sí; el tí

rano Carrera. Si hasta el aspecto físico le favorece, (o le desfavorece): los bigotes del Dr. Carrera son unos bigotes tiránicos; y las manos . . . y los pies, . . . todo.

Y luego con ese afán que tiene de estar en todo, de censurarlo todo, de reformarlo todo, de hacerlo todo de nuevo. Cierta que lo hace llevado de su buen espíritu, pero de esa misma argamasa se han hecho siempre los tiranos. Y el Dr. Carrera, de Presidente, es decir, de Tirano, ha de caminar seguramente por todas partes, látigo en mano, a grandes pasos, con los ojos saltados, viendo todo, peleándose con todos, y sin dejar en paz a nadie.

Y si al dirigirse a la Casa Presidencial, por ejemplo, oye llorar a un muchacho en una casa, él entrará, en seguida, a gritar con voz estentórea: "Y quién me llora aquí?"

—Señor, que es el huahua de la lavandera . . .

"Qué lavandera ni qué ocho cuartos, qué huahua ni qué niño muerto, preséutense inmediatamente en mi despacho todos.

Yo les enseñaré a llorar a sus horas, y que no me alboroten el Estado cuando les da la gana."

Y así, sucesivamente, en todas las manifestaciones de la vida nacional, de la vida espiritual, social y . . . animal.

* * *

Pero dejemos que duerma el futuro Tirano, y buequemos anédo-

tas de la semana. Una. Yo creía que había quedado como chiste de almanaque, —y no de los buenos— el que Gedeón opine que a los suicidas se los debe también castigar . . . fusilándolos, por lo menos.

Pues, no señor. Un diario de Guayaquil lo dice muy gravemente. Aterrado por la ola de suicidios, dice muy serio que ya la Autoridad debe preocuparse y comenzar a castigar a los suicidas.

Crée el colega que por ahí está el remedio, eh?

* * *

Qué le pasa a nuestro aviador Traversari, que cada vez que sube, vuelve a bajar de bruces?

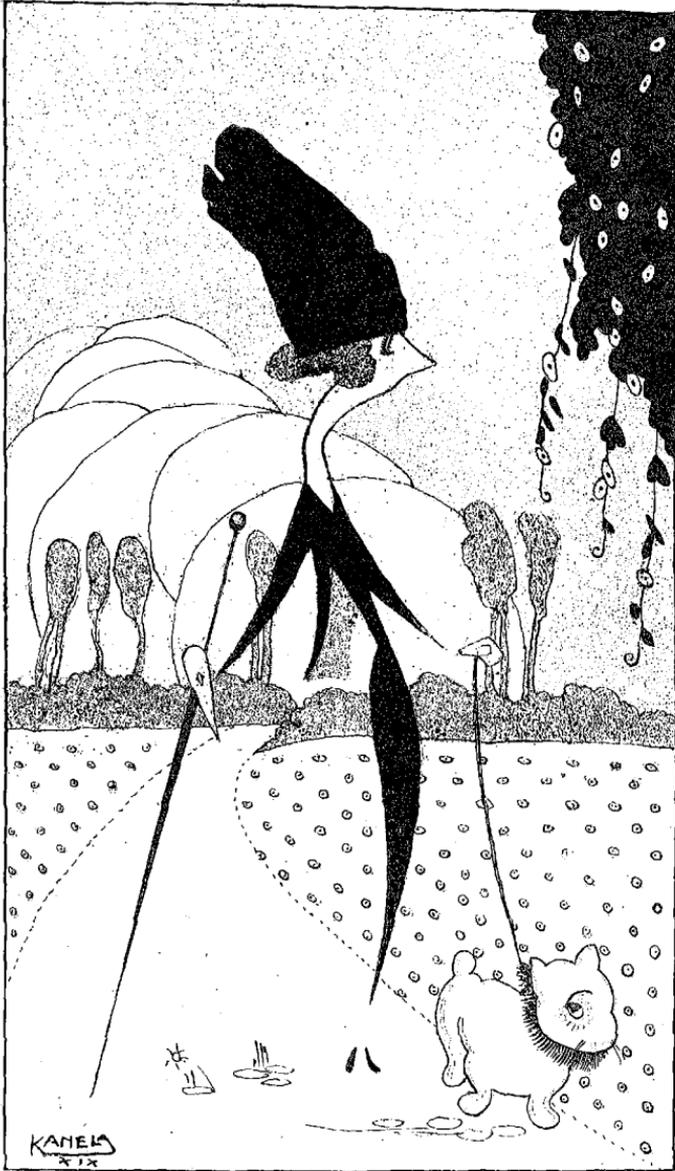
Que es malo el aparato?

Pues no suba, hombre. No vé que así va a desbaratarlo todo, y nos vamos a quedar sin aparatos y sin aviador. Y no andamos muy sobrados de lo uno ni de lo otro.

Luego siempre nos escama un poco el pensar que mientras en otras partes se proyecta la vuelta al mundo en aeroplano y se lanzan sobre el Atlántico, corren de Inglaterra al Japón, o del Catay a la Trapisonda, aquí estamos apenas cayendonos, como quien dice, con andaderas y biberón.

No, mejor es que no vuele, mientras no le den un aparato perfecto, uno de esos grandes hidroplanos, con todas las seguridades.

Mejor será que venga a Quito y espere tranquilo, como nuestro amigo el aviador Suárez Dávila, volando . . . de la casa a la oficina y de la oficina a la casa.





(La página de nuestras colaboradoras)

CARTA DE MUJER

— 0 —

El sol entró a mi cuarto a despertarme, abrí los ojos, y mi alma voló hacia tí; en mi volador he encontrado un ramo de rosas blancas,.... me lo mandabas tú y después de acariciar una a una las rosas, he venido a escribirte, a decirte mil veces que te quiero.

Te escribo frente a un espejo, sin querer me miro en él cada momento, y, te diré, me he quedado un rato pensando si son ciertas las cosas que tú me dices: "que soy la más linda del mundo", yo si quería que eso sea cierto, pero ¿sabes? no estoy del todo mal, mis ojos son grandes y muy negros, mi nariz fina, mi frente blanca, caen en ella unos caprichosos ricitos que a tí gustan mucho; mis manos son muy blancas y bien cuidadas, ya sabes que me preocupan mucho; mis uñas, son muy rosadas ¿no es verdad? Estoy plenamente convencida de que mis manos son bonitas, me lo has dicho tantas veces...

Y yo no me acuerdo en dónde leí que una mujer es linda si tiene las manos y la voz bonitas, eso me tiene sin cuidado; no me dejarás de querer por eso, pero, ¿contrarás en mí todos los encantos que tienen otras mujeres?

Me pides que te cuente por qué ayer estuve triste? no te lo dije porque me hubiera puesto a

llorar en seguida... mi canario lindo, el que me despertaba con su canto, amaneció muerto y yo lloré mucho; después lo puse en una cajita rosa, la até con cintas y lo enterré junto al rosal grande del jardín y pensaba entonces que así podría morir tu amor . . . ¡ven y dime que no sucederá eso, ven y juntos llevaremos muchas rosas, donde el pobrecito está muerto y le ofreceremos querernos siempre!
Dejo de escribirte porque salgo a comprar unas cintas, cambiaré de peinado para recibirte, me pondré muy bonita y te querré mucho.

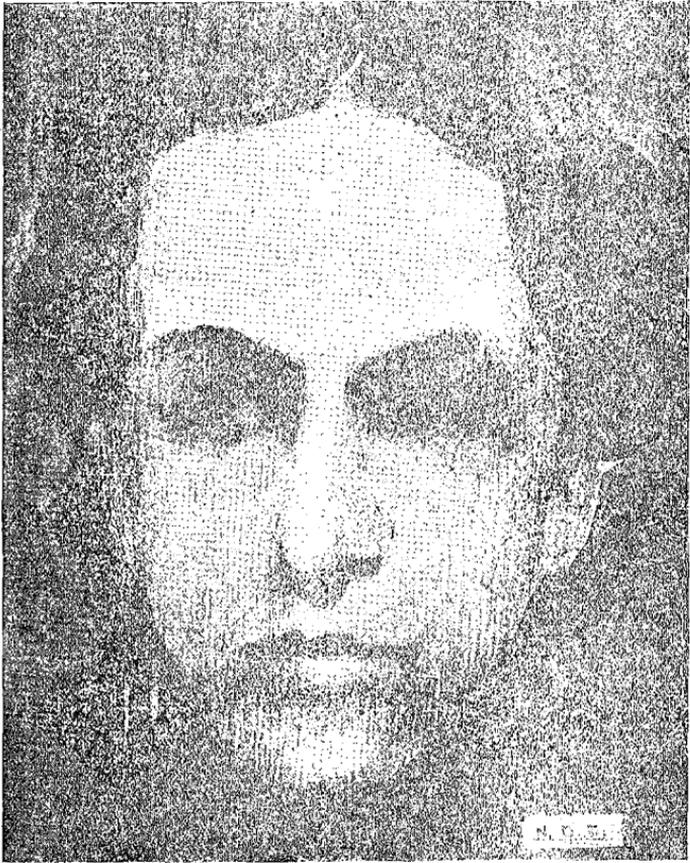
Tuyísima

NENETTE.

Quito, XI, 1919

NENETTE, (así se llama) que es tan linda como ingenua, ha sufrido un grave disgusto, un disgusto que la ha tenido un día entero haciendo pucheritos. Pues el bárbaro cajista fue a poner Henette. Así... Henette. Como si ella fuera Henette. No, señor, *Nenette, Nenette*; y nadie tiene por qué cambiarlo ni una letra.—Cálmese, por Dios, rubia encantadora, que el pícaro cajista no se quedará con semejante atentado. Ahí es nada causarle un pesar a una chiquilla bonita.

¡Mire Ud. deliciosa y rubia Nenette: el cajista se llama Juan. Vamos a cortarle la cabeza, y luego se la enviaremos a Ud. en una fuente de plata.



Buho original de Nicolás Delgado B.

ARTURO BORJA

HOMENAJE

El primer paladín victorioso de la santa cruzada por el arte nuevo. Arturo Borja, fue el que—como dijo la Rachilde de Verlaine—“abrió las ventanas”, para que

nuevos aires tónicos, hagan revivir a la lírica nacional, de la anquilosis y de la penuria en que se encontraba, saturado el ambiente literario de miasmas anticuados.

Señaló, con un gran punto luminoso, el triunfal y fecundo renacimiento de la poesía ecuatoriana, siendo el pontífice de la capilla donde hoy oficia, en Quito, Noboa Caamaño, Fierro, Bustamante, y en Guayaquil, Egas, Silva, Falconi, Villagómez, y luego toda la cohorte de aodas de las generaciones posteriores

Su joyel de pedrería "LA FLAUTA DE ONIX", es el estandarte de la nueva lírica; por entre sus páginas de alucinación y de milagro, hicieron adivinar sus armonías, en estas viejas selvas virgi-

nales, los divinos ruisseñores de Lutecia: Baudelaire, Verlaine, Saimain...

"Caricatura", en el aniversario luctuoso del viaje del Poeta, quiere consagrarle la devoción de un requerido; dedicando en sus páginas — abiertas para el Arte, — un homenaje de veneración y de cariño al primer lírico de la generación renovadora.

13 de Noviembre.

La Redacción.

ARTURO BORJA

Visión lejana

— o —

A Ernesto Noboa.

*¿Qué habré sido de aquella morenita
—largo tostado al sol— que una mañana
me sorprendió mirando en ventanar
Talvez murió, pero en mi resaca.*

Tomo en mi alma un recuerdo de hermana
inmorta. Su luz es de paz infinita.
Yo la llamo, tenaz, en mi malhadada
cintura de eternidad desventurada.

Y es su reflejo indeciso en mi vida
una lúbrica ablucción de jazmines,
que abre una dulce y suavísima herida.

¡Cómo vo'eerla a ver! ¡En qué jardines
emergerá su pálida figurá!
¡Oh, amor eterno el que un instante dura!

1900.

— o —

Bajo la tarde

— o —

*¡Oh, tarde dolorosa que con tu cielo de oro
finges las alegrías de un declinar de estío,
¡Tarde! las hojas secas en su doliente coro
van llevando mi alma de un angustioso río.*

La ríca de la frente me parece ser lloro;
el aire perfumando tiene alicata de lirios;
añoranzas me llegan de unos viejos marfilios
y a mi mente se asoman unos ojos que adoro.

Negros ojos que surgen como lagos de muerte
bajo la sombra trágica de un zahallo obdiano,
¡por qué esa obstinación en dejar mi alma inerte,
turbando mis deliquios con su mirar lejano?
..... ¡Sigue lluyendo pena de la fuente sonora.....
Ha llegado la noche... Pobre alma mía, ¡llora!

Quito, Marzo de 1910

— o —

Mujer de bruma

*... Comme le souvenir
d'un grand cygne de neige
aux longues, loiques plumes.*

SAMAIN.

Fue como un cisne blanco que se aleja
y se aleja, suave, dulcemente
por el cristal azul de la corriente
como una vaga y misteriosa queja.

Me queda su visión. Era una vieja
tarde fría de lluvia intermitente;
ella, bajo la máscara, indolente
de su cuigona, cruzó por la calleja.

Fue como un cisne blanco. Fue como una
aparición nostálgica y alada,
entrevista ilusiva de la fortuna...

Fue como el cisne blanco y misterioso
que en la leyenda de un país humoso
surge como la luna lancaolada.

Primavera 1910.

TRISTEZA

Calma infinita! Lloro la fontana
testigo mustio de su amor primero,
que supo de sus besos, de la ufana
canción que le compuso el novelero
trovador; de la pérdida mañana
en que para afirmar aquel «Te quiero»
—que dijo sin cesar—la filigrana
de su virginidad dio ante el austero
juramento que oyera! En las orillas
está, cuando renueva los fatales
instantes de traición; por sus mejillas
rueda el agua de claros mantiales,
»gacha la cabeza y de rodillas
solloza mientras lava unos pañales!

LETARGO

Pasa un momento. Sigue la corriente
lamiendo la blancura de su mano
azotan vientos tibios y en oriente
relumbra un sol de fuego. Sobrehumano
es el esfuerzo que hace; al fin la frente
levanta con orgullo soberano
y deja de lavar. Tranquilamente
se desliza—con pasos de gusano—
un olán por el agua cristalina
y ella lo mira; un algo fervoroso
la incita a recogerlo; alguna ondina
se cubrirá con él, es tan precioso!
Pero no puede más....Lo ve... Se inclina
y deja que se vaya perezoso.

INCONSCIENCIA

Posea de un quimérico desvelo
—en el cual todo es luz y es poesía—
se mezcla en la volátil lejanía
con medio mundo y la mitad del cielo.

En tan dulce embriaguez, coloca un velo
a la vulgaridad de cada día
y se olvida de todo, en rebeldía
de un no vivir, por no vivir de duelo

No siente nada y es de sensaciones
el modelo vivaz, está vehemente
y no sabe por qué; sus conmociones
la han hecho tiritar y, de repente,
entona sus armónicas canciones,
se levanta y camina indiferente.

EDUARDO SALAZAR GOMEZ



....."Sigue la corriente
lamiendo la blancura de la mano"

EL PERFUME DEL PASADO

A Julio Moncayo, con gran cariño, dedico este cuento que tiene toda la divina melancolía de lo irreparable.

I

—Una palabra, no más, para relataros una breve anécdota personal que acaso ponga los puntos sobre las fes en éste escabroso asunto.

¿Existe el amor?—Podiera no existir, pero en el corazón de la mujer se alberga aún la puerza de un sentimiento tan delicado de ternura, un hondo perfume de delicadeza, la melancolía de una vida perdida por el destino ciego, el anhelo de no manchar blancas horas pasadas, la nostalgia de lo que pudo haber sido y no fue... que si el amor no existe, debiera existir.

Nos hallábamos en el bar, frente a una batería de cerveza, discutiendo sutiles sentimientos y extrañas teorías. Y como la mujer había sido cruel con muchos de nosotros, negábamos ardientemente la existencia del amor. Fue ese momento cuando interrumpió nuestra atenuada controversia Alfredo Roca. ¡Qué hombre tan inquietante y paradójal ese Alfredo Roca. Distiguído, de gestos bramelianos, palidez nazarena, tenía displicencias de gran señor. Después de cinco minutos atacaba lo que más frenéticamente había admirado. Parecía un hombre incapaz de amar, pero esa noche de seguro había bebido rayos de luna y estaba sentimental. Continuó así:

—En aquella época tendría yo doce años y ya conjugaba el verbo amar y algún otro más grave con una doncella de la casa. Vamos, la eterna historia abominable: la bondadosa mujer que sin inquietarse por la infancia, abre el lirio de nuestra virginidad con la ardencia innominada de ver si somos hombres...

—Entonces fue cuando me enamoré de ella. Cálló su nombre porque todos en el silencio de su *budoir* hubréis podido admirar la línea impecable de su cadera. La llamaré Gardenia. Y esta impúber talconera de mi corazón,

me amó con la misma locura con que yo la asediaba. Pasábamos todo el día juntos: ¡ah, la fragancia de nuestros amores infantiles!

Gardenia era bonita. Siempre habéis dicho después, al paso rumoroso de ella. "He aquí una mujer chic". Pero en aquella época, ya se insinuaba en la gracia de su rostro una pena doliente y tonía su cara el prestigio de la melancolía. Ahora cada vez que la veo, tengo la sensación de estar mirando a una virgen suplicante de Murillo que tuviera algo del púncel de Leonardo de Vinci....

¡Padre Gardenia! Sufrí mucho: nació y creció en un ambiente de vicios y abyecciones. Era hija de una Venus alcohólica, con sombras de lejama belleza, que habría atormentado algunas horas la vida de Poe. Ahí ya lo creo: la botella de *brandy* había de terminar en menos de la mitad del tiempo necesario.... Pero consumida por el licor y los años que ajan toda hermosura, en el cuarto de esa lesbiana marchita, aún se hacían carne los sonetos del Arolino. Da allí nació Gardenia. No podía, pues, conocer e ignoraría siempre al hombre que era su padre. Y muchas veces he pensado que ésta fue la causa para que tu amada virgen del arroyo se alejara de mí. ¡La ley de las reacciones, señores, es invulnerable y fatal!

Alfredo Roca calló en instante. Nadie le interrumpía. Lo escuchábamos intriguados en silencio.

—Yo me había enojado con mi iniciadora y me torturaba la nostalgia de extraños espasmos. Mis doce años precoces tenían ansias voraces del cuerpo grácil de Gardenia. Y el hecho ocurrió así: una noche lunada y romántica, entre besos, largos besos sabios, lo propuse:

—Gardenia, que noche tan linda! En estas noches mi alma busca delirante la sola contemplación de tus ojos. Quiero estar lejos de aquí, distante a todo aliento, a toda voz, a todo rumor humano. ¡Quieres? Vamos a pasear nos al bosque amarillo de retama.

Mi voz temblaba en el silencio mien-

tras mi mano se crispaba sobre el levobusto impúbber.

—Vamos, Gardenia, que nuestro amor será más hondo en el misterio del bosque bajo la divina iluminación de las estrellas....

Convulsa como impulsada por un maléfico redivivo y ancestral se puso de pronto en pie. Y triste, con una mirada de infinita desolación, me quedó mirando en los ojos.... tan largamente y en tanto silencio que su mirada parecía ir hasta el fondo del alma en busca de no sé qué ignorados alios.

—¿Por qué me miras así?—la dije con voz de mi corazón que vagaba ya descontentado en la pureza terna de su mirada. No me mires así. ¿Qué tienes?

—No hables. Calla. Mi alma ha caído en un abismo. Ya no podré amarte jamás. Vete de aquí y no vuelvas nunca.

—Pero ¿qué pasa? Tú sabes....

—Todo es un vago. Tu cariño era mi solo encanto. Era el dulce sedante en mi vida de angustias. Oref que tú al conquistar mi corazón me librabas también de ese hogar. Eres mi infame.... Y la ví alejarse en la silente noche.

Nunca supuse que la había perdido definitivamente, cuando a lo largo de la senda florida de retamas, paseaba más tarde, mi fracaso a la luna y añoraba el sabor de sus besos.... Ah! algo muy caro, señores perdí esa noche melancólica que pasó en las horas que no retornan jamás.... Mi corazón ya está viejo, señores, y créame que desde entonces las retamas no tienen fragancias para mí....

II

Alfredo Roca sorbió un poco de cerveza. Estaba conmovido y un tropel de recuerdos parecía arrugar su frente.

—¿Cuántos años pasaron? Tal vez ocho, acaso nueve. Durante ese tiempo, sólo muy de tarde en tarde la veía. Nos encontrábamos al cruzar una esquina, hacíamos esfuerzos por no vernos y en la fúgida indiferencia, con tímidos nuestros distintos caminos,

nuestros destinos locos, como dos seres infinitamente extraños. Sin embargo, en esos bruscos encuentros, mi alma palpitaba siempre....

Curamba, y como se podía de bella! Pero ya empecé a adivinar el porvenir que le aguardaba. Los Jesucristos se extinguieron y ella tenía que vivir y morir de María Magdalena auténtica e irredimida.

¡Rogelio Flores! ¿Ustedes si le han tratado a este Don Juan sentimental y burlón? Pues él me dijo una noche:

—¿Conoces a la mujer del día? La bella Gardenia Chico, real hembra, caderas espléndidas, ojos negrísimo, elegancia, aristocracia, supremo clic. Pero también te confesaré que estoy admirado: es una inalecizable. Van tres meses de asedio, noches de jerga, mi amor hecho canción a su oído a toda hora y apenas si he logrado hurtarle un beso.

—Ya caerá. Como su madre, tendrá hijos de padres desconocidos.

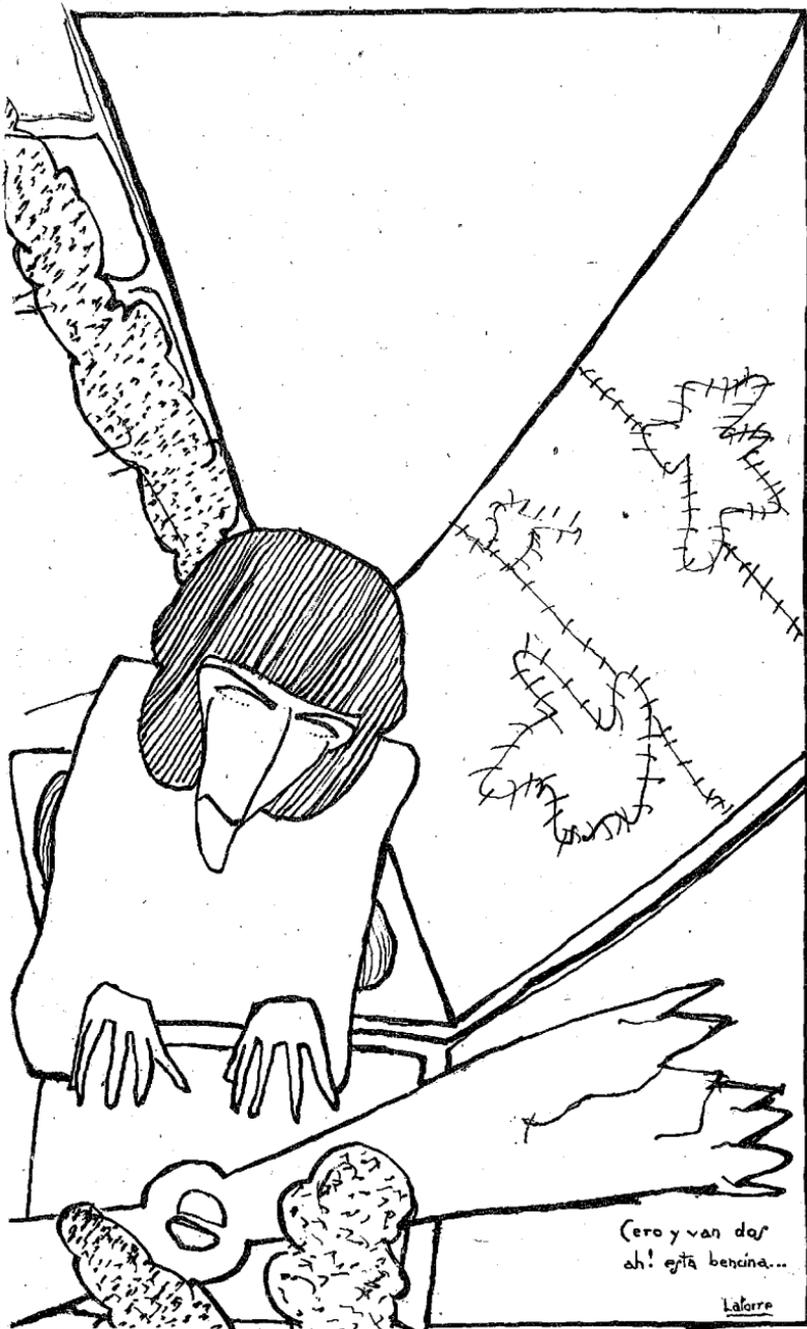
—Vente hoy con nosotros. Será una noche más en blanco. Pero no importa....

Rogelio Flores y toda su banda de mozos audaces y gnapos, andaban "sorbidos el seso" por mi ex amada. Yo me negué siempre a acompañarles a sus fiestas en que una sonrisa, una mirada, una insinuación breve, un amago de beso eran un cielo de esperanzas que se abría a su anhelo delirante. Un oscuro sentimiento que no he tratado de descifrarlo me hacía resistir.

Alfredo pidió una copa de whisky que la vació de un trago, sin detenerse a probar. Los paladares refinados catan y saben lo que toman sin recurrir a la plebeya acción de saborear el licor. Saeudió luego la ceniza de su cigarro y prosiguió:

—Hacia ya largo tiempo que no había visto a Gardenia. No me importaba aquello ni me llamaba la atención. Era la Perdida. Pero parece que las gentes ponen siempre especial cuidado en hacerle conocer a uno cosas que no le interesan, cosas que "no le van ni le vienen". Fue así como una tarde, un desocupado indiscreto,

El delirio en Guayaquil !



Cero y van dar
ah! eña bencina...

Lalorre

vertió en mis oídos atentos, las venturas, aventuras y desventuras de mi pobre amor infantil. Había acaecido ya otra de las eternas historias de amor. Gardenia sucumbió en brazos de Rogelio. Se amaron, vivieron juntos, vino un hijo que, entre paréntesis, nació muerto... y finalmente llegó la hora del olvido. Rogelio la abandonó. Y ella siguió entonces el camino de antemano trazado por su Destino. Ya os dije: todos vosotros, señores, debéis conocer la impecable línea de su cadera...

Senchillamente es esto todo lo que supe. Pero había de llegar el día: la casualidad ¿qué otra cosa? la casualidad que tiene a veces bondades de Celestina, me condujo hacia ella. La tarde de un sábado —la cerveza me diante— en que mis veinte años hilaban canciones de alegría y Eros fructífero, como nunca, me acechaba, or ganizamos la fiesta.

Interrumpióse un momento Alfredo Roca para interrogarnos:

—¿No les fatigó?

Como la respuesta fuese negativa, murmuró "Naturalmente" y luego siguió:

—Bueno. En el tumulto que forman ban aquellos rostros maquillados, de bocas curvadas por el lápiz, de ce belleras multicoloras y ojos agrandados por la atropina, la distinguí a la primera mirada.

Ah, Gardenia! Como la vi aquella noche, no lo olvidaré jamás. Una peña aún mas obscura vagaba por su rostro y se asomaba en ondas de dulce ternura a la inmóvil y misteriosa transparencia de sus ojos, diamantes infinitamente negros. ¡Cómo la adoraba en aquel instante!

Cuando me vió, un temblor profundo hizo cambiar de actitud. Una oleada de sangre soñó sus mejillas, que luego se tornaron tan lívidas! ¡Cómo lucían sus ojos en aquella divina palidez de muerte! Yo aparenté no haberla visto.

... Las guitarras empezaron a desgranar una música que encendía los ánimos, pero en cuyo fondo vibraba un ritmo doliente, una armonía de añoranzas y recuerdos de alegres cosas irremediamente perdidas. Las parejas abrieron el baile, una danza vertiginosa que terminaba en lasos

desfallecimientos. Mo acerqué a ella, sereno y disleente:

—Señorta Gardenia, le dije, inclinandome en una reverencia de cortésana exquisita. ¡Me hace el favor de una sola vuelta!

—Gracias, muchas gracias, Alfredo.

—Qué dulzura de voz, con qué dulzura habla usted! ¿Se acuerda usted de mí?

—¡Acordarme! Si nunca lo he olvidado.

—Ah ¡Gardenia mía!

La emoción me hizo callar un momento, pero luego repute:

—Quisiera hablar un momento a solas contigo, Gardenia. Quieres salir?

—Está bien. Espérame afuera.

III

Hasta llegar a mi *gaçonnier*e no habíamos desplegado los labios. Y estábamos tan tristes que me arrepentí de la invitación.

—Una taza de té, Gardenia.

—Gracias, Alfredo.

Transcurieron unos minutos de inquietante silencio, un silencio tan hondo que torturaba nuestras almas en una ansia desesperada de alejarse, de escaparse, de separarnos nuevamente y para siempre.

—Dime, Gardenia, en verdad, no me has olvidado?

—Jamás. Eres tú mi recuerdo perenne. Y cada vez que a la distancia te he mirado pasar como un extranjero a mi corazón, tu no puedes explicarte las emociones torturadoras que crispaban mi ser. Pero esperaba con vehemencia que llego este día, este rato....

—Deseabas hallarte al lado mío, Gardenia? Tú ignoras cual ha sido el grau delor mío de esta noche! ¡Hallarte a tí! ¿Y cómo? Ah! No quiero ni pensarlo: mi amor que hubiera ido a cualquier sacrificio, esta pasión que habría puesto en mi mano la espada de los conquistadores que rindieron pueblos para sus amadas. Yo que anhelaba en mi niñez subyugar reyes para ofrendarte vasallos. La vida me ha hecho un gesto burlón ¿a cuántos hombres te has entregado, amor mío? ¿Para qué ha servido nuestro amor? Yo te adoré cuando tenía doce años....

—No me hables así, Alfredo. Lo que tú dices y mucho más lo he llorado ya. Yo moriré de tristeza, martirizada por este suplicio violento, eterno y perpetuo de lo que pudo haber sido y no fué...

Gardenia dejó escapar un sollozo leve. Estaba lánguida y tenía para mí tales encantos de belleza, de melancolía y de nostalgia, que no estorbé para refrenar los ímpetus que me asaltaban, que me empujaban hacia ella en desesos frenéticos de besarla desde los negros ojos hasta los pies rosados.

Ella abandonó una trémula mano entre las mías. Leda, dulcemente la besé.

—El pasado ha muerto, Gardenia. Es preciso sepultar el pasado. Olvida, Gardenia. Yo debo hablarte ahora en nombre de la vida. Vivamos en un momento todo el largo tiempo que no hemos vivido. Gozaremos. No hay minuto más feliz que el que se vive plenamente. ¿Cuándo serás mía?

—Por Dios, Alfredo, calla—me interrumpió la pobre con un extraño horror en la faz y en los ojos. Calla. Tu fuiste el primer hombre que amé y por lo mismo ya no seré nunca tuya. Amame, Alfredo en la pureza inmune, en el recuerdo tierno, cordial y triste de una novia muerta... ¡Oh! jamás jamás!

Era tal la aversura de sus palabras que convolvieron integralmente todo mi ser.

—Nada puedo ofrendarte, Alfredo mío. ¿Por que no decirte? La crueldad de nuestras vidas me ha traído cerca de tí hecha un miserable despojo humano. Ah! soy una piltrafa... una piltrafa, corazón mío....

La cabeza inclinóse sobre el pecho en la fatal actitud de lo irreparable. Se le cayó una peineta y el pelo libre se le deshizo en largas guodejas enmar-

cando su pálido rostro doliente.

—Tu alma, murmuré a su oído, quiero tú alma, ofiéndame ese tesoro de virginidad y ternura; dáme tu alma y con ella tu pasión, nada más. Tu sabes que fuera del bien comprendido amor de dos seres, nada es verdadero sobre la tierra....

Volvió a repetir con un ritmo de infinita desolación:

—Jamás, jamás! Mi alma! Siempre ha sido tuya....

—¡Gardenia, Gardenia! ¿por que no? Mi amor, como decía Marión Delorme, puede rehacer tu virginidad! Oh! esquivá tu incomprendible!

... Mis ojos te ven siempre hermosa, A despecho del tiempo destructor, Porque es eterna tu bondad radiosa, Por ser eterno mi constante amor.

Gardenia calló un momento:

—No, Alfredo. Pierde toda esperanza. ¿Para qué romper el encanto dulce del sueño largo que ha sido nuestro amor? Jamás seré tuya, porque soy de todos. Hay algo más íntimo, más hondo y sagrado que está sobre todas tus palabras, sobre toda humana idea. Renuncia a mí, pero recuérdame siempre. Y pon en tu recuerdo un poco de ternura, que tu recuerdo se halle siempre iluminado por el fulgor de una lágrima... Ya he hablado contigo, mi dulce amor imposible y eterno, ya estoy contenta y me siento dichosa y tan feliz que me inquieto tanto de reocho de felicidad....

Alfredo Roca estaba pálido y trémulo:

—Vean, señores, lloro como un niño.

DILETANTE

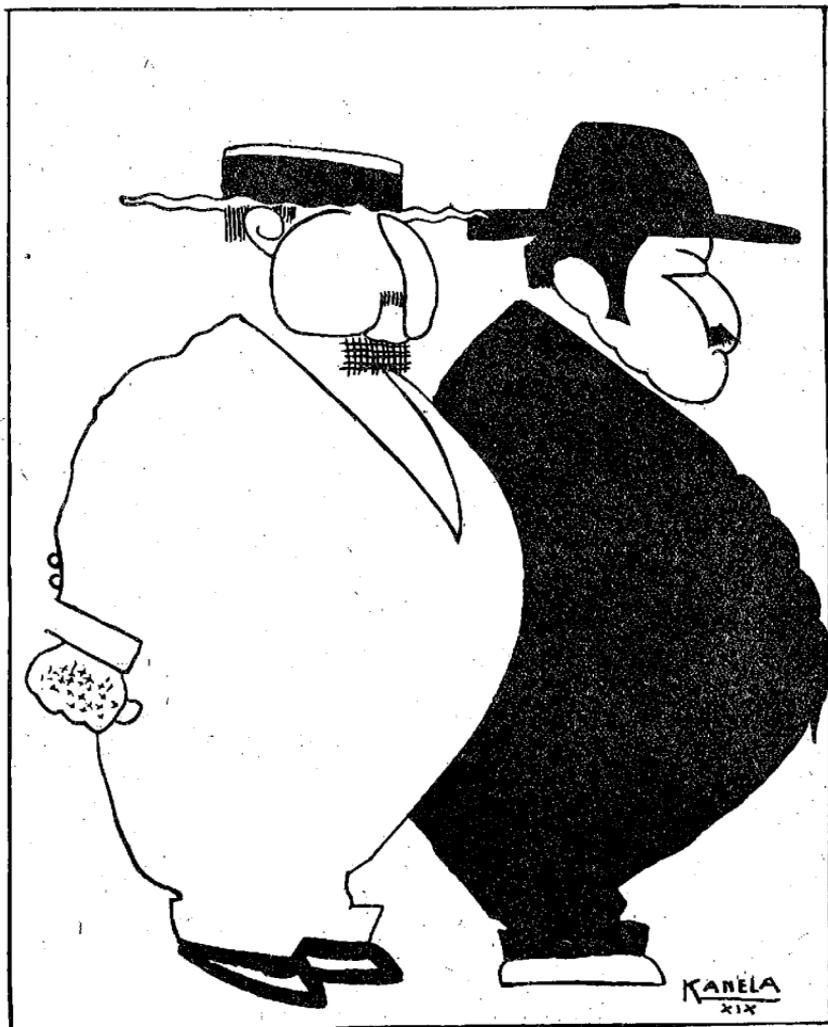
De „Saudades“

Alguna noche llamaré a tus puertas, e inmóvil quedarás cuando las abras al verme entrar más pálido que un (muerto, con la livida faz ensangrentada....

Y huirás de mí... Y confiaré de nuevo a perderme en las sombras de la Nada sin decirte mis labios, en un beso, tono cuanto en la vida te callaran.

F. VILLAESPESA.

De las riberas del Guayas



*** NOSTALGIA ***

Para "Caricatura".

¡Probablemente ya no te acordarás de mí; ¡Hace ya tanto tiempo! Pero, ¿qué importa? Me basta con recordar que me quisiste con ese amor loco de mujer ardiente y soñadora y que destrocé tu corazón con mis veleidades. ¿Por qué te escribo esta? Porque la ola del recuerdo, espumante de besos y caricias, ha llegado hasta mí, rodando con rumorosa tristeza; ¡qué lejos estás! ¿En qué estarás pensando? Acaso en otro. Las mujeres como tú, nacieron para el amor y no pueden vivir sin él. Apenas empieza a morir en vuestros corazones el huracán de un amor, llevándose en sus remolinos muchas hojas secas—esperanzas muertas, ilusiones vividas, sensuales evocaciones—cuando ya buscáis otro más ardiente, más erótico.

¿Te acuerdas de nuestras citas? Aquellas citas clandestinas en que nuestros corazones gemían de alegría y mis ojos se clavaban en los tuyos con incisiva agudeza de puñal. Con qué ardor enfermizo nos sumergíamos en un mar sin orillas de abrazos y besos. Abrazándome en el fuego de tus ojos, en los que brillaban mil deseos insatisfechos; aprisionando entre mis dientes la carne fresca de tu boca . . . ¿Te acuerdas de nuestra despedida? Nuestros amores tenían que acabar como acabaron. No hubo lamentaciones ridículas, ni suspiros agónicos, ni quejidos cursis. Hubo—eso sí—lágrimas, pocas lágrimas,

pero verdaderas, que rodaron cristalizadas por tus pálidas mejillas; hubo el adiós triste, sereno, íntimo de dos corazones que se aman y se separan, para internarse por distinto camino en los desiertos del olvido y de la desesperanza

El sol, ese sol agresivo de los trópicos se zambullía en el mar, tamizando de fuego las crestas de las olas; el mar se agitaba llameante, insultador haciendo mecerse blandamente a nuestro barco, que tripudaba ansioso, como deseoso de partir. Los marineros traginaban sudorosos, los amigos se despedían de los amigos, los parientes de los parientes . . . tú no podías despedirte de mí, besarme acaso por la vez postrera El monstruo que había de alejarme de tí, ¡talvez para siempre! aulló solemne y prolongadamente, como si se despediese de todos los pasajeros y escarbó la espuma

Las luces del puerto gñaban en la oscuridad; también en mi alma se retorcián los últimos relámpagos de tus ojos ensoñadores nostálgicamente húmedos por el llanto . . . La silueta del puerto evaporóse en la negrura de la noche y yo empecé a encender una por una todas las luces de mis recuerdos.

ANDRÉS SOLER

Guayaquil, Nov. 1° de 1919.

(Andrés Soler, el artista y compositor, nuestro gran amigo, nos envía una página, de las muchas que llenan su Diario,—la historia de vida llena de impresiones que va recibiendo . . . o dejando.—)

Es prueba de inteligencia y señal de distinción leer la Revista mensual

EL NORTE AMERICANO

QUE SE PUBLICA EN NUEVA YORK DESDE EL AÑO DE 1914

La subscripción anual cuesta cinco dólares. Cada ejemplar cuesta cincuenta centavos, oro americano. Pero envíe usted el siguiente cupón y obtendrá un ejemplar de muestra del último número de la Revista por veinticinco centavos. Usted puede enviar este valor en estampillas de correo de su propio país.

SOUTH AMERICAN PUBLISHING CO.

310 Lexington Ave., NEW YORK CITY.

Sírvase enviarme un ejemplar de "El Norte Americano" para lo cual incluyo \$7. 0,25 (veinticinco centavos oro americano).

Nombre.....

Calle y número.....

Estado.....

CARRERA VENEZUELA

La Mundial

Toda clase de artículos para
caballeros

El mejor surtido de casimires
Artículos para señoras,
Blusas, medias de seda negras
etc, etc.

TELÉFONO 3 9 5

LITOGRAFIA NACIONAL

En los talleres de grabado y litografía que funcionan en la casa de la Escuela de Bellas Artes se trabajan carteles, facturas, cheques, recibos, partes de matrimonio, planos, mapas, viñetas y etiquetas de toda clase en negro y en colores. Trabajo garantizado y precios sin competencia.

Para todo lo relacionado con los talleres, entenderse con el comisionado del Ministerio de Instrucción Pública, Sr. Dn. Augusto Proaño.

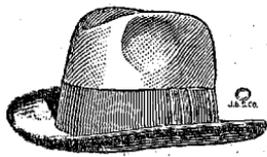
La Jardinera

Perluquería y Perfumería
de gran gusto

Como un gran surtido de perfumes finísimos y bien concentrados, se venden por onzas y media onzas.



Llegó un gran surtido de **SOMBREROS**
"Stetson"



También en ellos suaves y tiesos en más de cincuenta formas, jabones baratos y de todas clases.

Agencia de la lotería de Guayaquil
Teléfono 232 Carrera Venezuela, calle del Correo. Apartado 257

El propietario, **Luis F. Gallardo.**

Grandes Talleres de Fotgrabado

ANEXO
A LA
ESCUELA DE
ARTES
Y OFICIOS



Se garantiza la prontitud y nitidez de los trabajos.

Grabados en uno o más colores, para Diarios, Revistas, Catálogos, Etiquetas, etc.

Instalación Eléctrica Moderna.

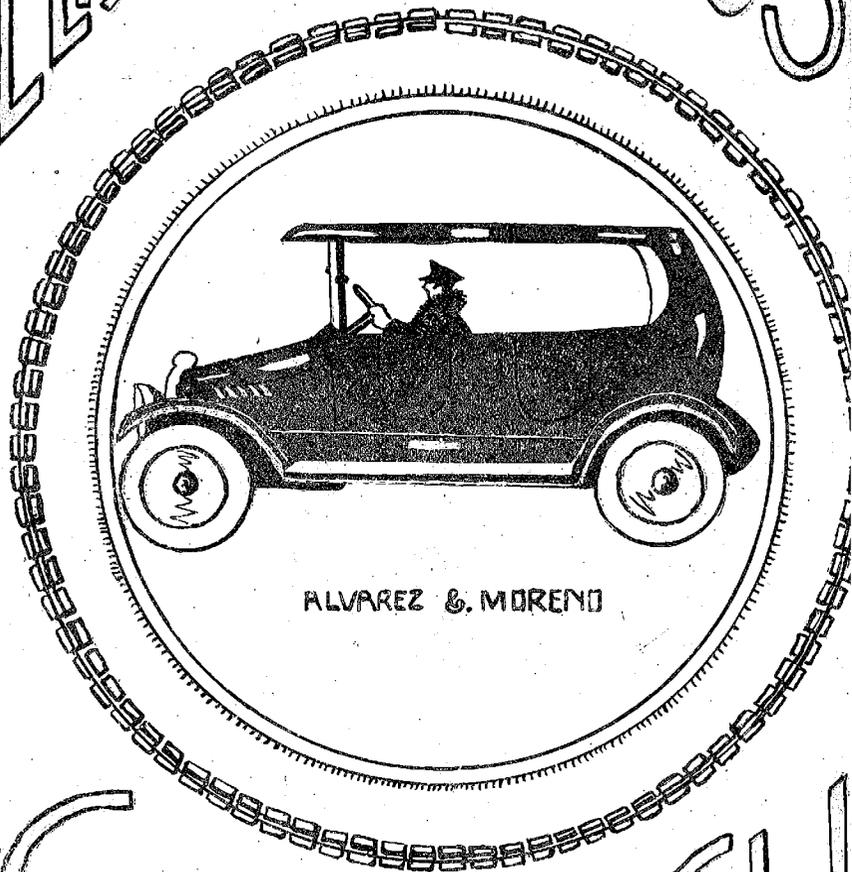
Trabajos listos en 40 minutos con los más hábiles operarios.

Teléfono Núm. 7 1 4

Apartado N°: 72

Agencias en el centro de la ciudad:—*Señorita Hortensia Paz Coronel*, Plaza de la Independencia y en el Almacén de Especialidades del *Sr. Eduardo Rivera*, Carrera Venezuela.

LANTAS Y TUBOS



GOODRICH

CARICATURA

Mano Pizarro Inca



"El caricaturista..."